

Por qué Occidente debe renunciar a Mubarak

Kristina Kausch

>> Egipto vive una coyuntura crítica. En el periodo previo a la maratón electoral de 2009-2010, que determinará tanto el futuro papel de la Hermandad Musulmana en la política egipcia como la sucesión del presidente autocrático en ejercicio Hosni Mubarak, el país está sumido en la ira y la desobediencia civil. Tras las elecciones al Consejo Shura (cámara alta) de mayo de 2010 y las elecciones parlamentarias de noviembre, se prevé que en las elecciones presidenciales de septiembre de 2011 el envejecido Mubarak ceda el poder a un heredero preparado. La aparición en la escena nacional del ex director del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y posible rival de Mubarak, Mohamed El Baradei, ha suscitado la esperanza de que el cambio político en Egipto esté próximo. Un cambio real de poder es prácticamente imposible, pues las estructuras del poder autoritario están demasiado afianzadas, la oposición es demasiado débil y está demasiado dividida, y las presiones desde el exterior son demasiado significativas. Con o sin El Baradei, el reinado de Mubarak terminará pronto. Sería muy aconsejable que Occidente, que tiene importantes intereses en Egipto como núcleo de poder regional, forjará nuevas alianzas.

EL SIGNIFICADO DE EL BARADEI

Como personalidad respetada en el ámbito internacional y Premio Nobel de la Paz, El Baradei cuenta con un perfil que el régimen de Mubarak tendrá dificultades para desacreditar. Los mismos medios de comunicación estatales que elogiaron a El Baradei como héroe nacional cuando recibió el Premio Nobel de la Paz en 2005 ahora hacen hincapié en su falta de experiencia política y su larga ausencia de

CLAVES

- A pesar de las escasas posibilidades que tiene Mohamed El Baradei de llegar a la presidencia de Egipto, la movilización que provoca su candidatura puede allanar el camino para un verdadero cambio de poder en el futuro.
- Con o sin El Baradei, la era Mubarak pronto llegará a su fin.
- Occidente, con grandes intereses en Egipto como centro de poder regional, debe buscar nuevas alianzas antes de que sea demasiado tarde.

»»»»» Egipto. La prolongada ausencia de El Baradei del país hace también que su expediente en el servicio secreto egipcio sea poco abultado y que el régimen tenga poco material para incriminarle. La Asociación Nacional para el Cambio, coalición amplia de académicos, activistas y partidos de la oposición que apoyan su candidatura, ha iniciado una campaña de recogida de firmas para obtener apoyo con el fin de que se cumplan las normas electorales internacionales, que es la condición que ha puesto El Baradei para presentar su candidatura.

Sus demandas incluyen que se ponga fin a las tres décadas de estado de excepción; que se permita que los jueces locales y los observadores internacionales vigilen las elecciones; el derecho al voto de los egipcios que están en el extranjero; la imposición de límites al mandato presidencial; y la eliminación de los obstáculos oficiales a una candidatura presidencial independiente. Los cambios que pide la coalición exigirían la enmienda de tres artículos de la Constitución. Sin estas enmiendas, El Baradei sólo podría presentarse a la presidencia incorporándose a uno de los partidos de la oposición ya autorizados (pero sin dientes y/o asimilados al poder), opción que ha rechazado con firmeza. Por tanto, El Baradei afronta un dilema: si se une a uno de los partidos legalizados, aceptaría implícitamente las reglas del juego predeterminadas por el régimen de Mubarak y renunciaría a la credibilidad de que disfruta actualmente. Pero después de haber declarado expresamente que sólo se presentaría si se reforma la Constitución, ha dado al régimen una razón más para no hacerlo.

Egipto vive la euforia de El Baradei. El número de “fans” de El Baradei en Facebook se disparó en cuestión de meses y ya son más de 150.000, frente a los 240 de Hosni Mubarak y los 6.000 de su hijo Gamal. Sin embargo, por ahora, el ex director del OIEA hace campaña principalmente sobre sus peticiones de reforma constitucional, pero aún no ha formulado un programa presidencial sólido. Además, la coalición aún necesita crear una base popular para garantizar que sus peticiones de un

cambio más amplio no se queden en un motivo de preocupación de la élite. Las credenciales de El Baradei no le van a alimentar para siempre, y ser simplemente el “anti-Mubarak” no ofrece ninguna solución a las acuciantes preocupaciones de los ciudadanos egipcios.

Incluso si la campaña de El Baradei ganara peso y apoyo popular, pocas personas en Egipto –probablemente ni siquiera el propio El Baradei– creen de verdad que él o cualquier otro posible candidato de la oposición puede acabar con el control del régimen sobre el poder en un futuro próximo. Sin embargo, eso no resta significado a la actual campaña a favor de El Baradei. Es probable que el aumento de la movilización amplíe aún más los límites, genere nuevas alianzas y líderes, y por tanto, pueda sentar las bases para un cambio real de poder en el futuro. Por otro lado, la imagen del ex director del OIEA y su campaña llaman la atención tanto en el ámbito nacional como en el internacional sobre las enormes deficiencias del proceso electoral y del antidemocrático marco constitucional egipcio.

DIVIDIDOS CONTRA LA “SUCESIÓN”

La movilización y el dinamismo que rodean a El Baradei es el último brote del descontento popular en Egipto de los últimos años. No todos estos movimientos han sido políticos. Debido a la crisis económica, al gobierno le resulta cada vez más difícil pagar por el silencio de unos alborotadores hambrientos y de unos trabajadores descontentos por la pobreza, el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo y la continua subida de los precios de la comida y el combustible. Las mayores manifestaciones han sido organizadas por el dinámico movimiento de los trabajadores laboristas. Desde los disturbios de abril de 2008, en los que decenas de miles de trabajadores del sector textil de todo Egipto protestaron contra sus condiciones de trabajo, el movimiento laborista se ha convertido en un movimiento popular masivo a escala nacional. Guardando conscientemente las distancias con los partidos políticos y la actividad política más explícita, han empezado a plantear

demandas no sólo relativas a condiciones laborales sociales y económicas concretas, sino también a derechos políticos como los derechos laborales y la libertad de asociación.

El impacto real que tendrá la actual oleada de movilizaciones en el panorama político egipcio dependerá, sobre todo, de que los diferentes movimientos de oposición y de protesta se unan para crear un frente común. Dado que sus peticiones abordan expresamente preocupaciones cotidianas de los trabajadores, el movimiento laborista está en sintonía con la población en general en las bases, algo que no han conseguido

ni la campaña de la Asociación Nacional para el Cambio de El Baradei ni movimientos anteriores de reforma política, como Kefaya. ¿Qué son unos centenares de intelectuales y representantes de ONG con carteles en el aeropuerto en comparación con decenas de miles de trabajadores sitiando ciudades industriales enteras?

Debido a la edad, a la enfermedad o a ambas, toda una generación de dictadores norteafricanos tendrá que ceder pronto el poder

Sabedores de que la idea de una alianza entre las demandas de reforma política generales y las bases de todo el ámbito nacional asusta al régimen de Mubarak, los líderes laboristas han evitado con cuidado precisamente ese vínculo.

La perspectiva de que la Hermandad Musulmana se incorpore a una coalición amplia por el cambio democrático es aún más desalentadora. La Hermandad, aunque se ve cada vez más obligada por el régimen a retirarse de la competencia política, sigue siendo el único grupo político de la oposición del país que tiene un programa articulado y una conexión con las bases populares en general. Una coalición popular por el cambio que excluya a la base de respaldo islamista de la Hermandad tiene pocas posibilidades de triunfar. Pese a los intentos de la Hermandad de limar las asperezas

con algunos de los partidos laicos de la oposición y los rumores de un presunto acuerdo encubierto con el régimen para garantizar la continuidad de la presencia de la Hermandad en el Parlamento, en general se espera que la nueva dirección conservadora de la Hermandad y sus pérdidas pronosticadas en las próximas elecciones legislativas desvíen la atención del grupo de la competencia-política.

OCCIDENTE: EN LA TRAMPA DE LA ESTABILIDAD DE MUBARAK

Los esfuerzos de los gobiernos occidentales por apoyar la democracia en Egipto han tenido un impacto limitado. Probablemente más que cualquier otro país de la región, las relaciones bilaterales de Estados Unidos y de los gobiernos de la UE con Egipto están profundamente arraigadas en el contexto regional, centradas en el papel de Egipto como intermediario de poder en la región. Los motivos de preocupación de Estados Unidos y la UE respecto de la situación interna en Egipto suelen ser eclipsados por las preocupaciones de seguridad que suscitan las numerosas zonas-puntos calientes de la región, para los cuales el régimen de Mubarak es considerado un socio indispensable. Si se desestabiliza a este socio fiable, prosigue el razonamiento, se correría el riesgo de perder un respaldo clave de los intereses de la seguridad occidental. Este argumento está viciado por varias razones.

En primer lugar, el régimen egipcio comparte con Occidente intereses comerciales y en materia de seguridad y no dejará de respaldar estas causas si Occidente refuerza su apoyo a la participación democrática. A diferencia de Europa y Estados Unidos, Egipto está dentro del alcance de los misiles iraníes y de los israelíes, lo que hace que el desarme nuclear en la región sea una acuciante prioridad egipcia. Al lindar con Gaza, Egipto tiene varios intereses tangibles en una solución pacífica al conflicto árabe-israelí y al actual punto muerto en Gaza.

En segundo lugar, la suposición de un equilibrio entre gobernanza democrática y seguridad en



»»»»» Oriente Medio y el Norte de África es errónea. El frágil tipo de “estabilidad” que las potencias occidentales han propiciado en la región está llegando a su fin. Mubarak no es el único líder autocrático que lleva tiempo gobernando en la región y que va a dejar su cargo en breve. Debido a la edad, a la enfermedad o a ambas, toda una generación de dictadores norteafricanos tendrá que ceder pronto el poder. Tanto en Egipto como en Túnez y en Argelia se desarrollan actualmente debates sobre la “sucesión” por un heredero designado.

En tercer lugar, el aferramiento de Occidente al viciado equilibrio basado en la estabilidad regional de los viejos autócratas árabes perpetúa el déficit de credibilidad de Occidente (y especialmente de Estados Unidos) en la región. Los grupos internacionales de derechos humanos y los expertos han advertido recientemente de que si Occidente continúa apoyando a gobiernos autoritarios en el mundo árabe sólo empeorará el “ciclo de desconfianza y discordia” —que Obama se comprometió a romper en su discurso de El Cairo— entre Estados Unidos y los pueblos musulmanes.

En cuarto lugar, el concepto miope de estabilidad ya ha empezado a alejar a los grupos islamistas (incluida la Hermandad Musulmana egipcia) de la participación política, lo que posiblemente anuncia un cambio completo en la tendencia de moderación y participación electoral del islam político en todo el mundo árabe de la última década. El temor generalizado en Occidente a que las fuerzas islamistas puedan llegar a gobernar la vecindad inmediata de la UE ha detenido todo impulso de apoyar planes de poder alternativos en la región. La petición estilo mantra de los analistas políticos a los responsables occidentales de formular las políticas de que entablaran relaciones con otros actores políticos, incluidos los islamistas, no ha servido casi de nada. Al aferrarse con tozudez a una visión a corto plazo de la estabilidad en la región, es muy probable que Occidente haya perdido su oportunidad de empoderar a la moderación de las fuerzas islamistas y contribuir a forjar una integración social más amplia, alejada

de la actual división laico-islamista que promueven los regímenes árabes.

OBAMA DECEPCIONANTE, LA UE SE AGUANTA

No hay duda que pocas personas del público que gritaron “te queremos”, en respuesta a lo que dijo Obama sobre democracia y derechos humanos en el discurso que pronunció en El Cairo en junio de 2009, habrían imaginado entonces que, un año después, recordarían las políticas hacia Egipto de George W. Bush con cierta melancolía. Con Barak Obama, el enfoque de confrontación de Bush ha dado paso a un enfoque decididamente amistoso. A medida que se desvanece el entusiasmo inicial por Obama, los activistas por la democracia egipcios critican con dureza el mayor énfasis de Estados Unidos sobre las cuestiones regionales en visible detrimento del apoyo estadounidense a las aspiraciones democráticas de los egipcios.

La crítica abierta estadounidense de las deficiencias en materia de derechos humanos y de democracia en Egipto es en gran medida agua pasada. En las nuevas relaciones entre Estados Unidos y Egipto, las críticas se suelen hacer a puerta cerrada. Muchos observadores ven en la oportuna excarcelación del político de la oposición Ayman Nour un intercambio de activos tácito previo a la visita oficial de Mubarak a Washington, destinada a sacar a Egipto del frío después de las glaciales relaciones de la era Bush. Más allá de casos individuales emblemáticos, sin embargo, la presión para poner fin a la opresión de los activistas políticos ha sido imperceptible o, en el caso de los islamistas, inexistente.

En el 2009, USAID cedió ante la presión del gobierno egipcio y decidió dejar de financiar a las ONG que no estuvieran inscritas en virtud de la Ley de Asociaciones egipcia. En la práctica, esto equivale a aceptar una autorización de los fondos y el veto del gobierno egipcio sobre la financiación exterior a las ONG egipcias. Esta política auto-restrictiva contrasta enormemente

con una auditoría interna del USAID de octubre de 2009, que atribuía a la financiación a la sociedad civil el mayor impacto de todos los programas de gobernanza de USAID en Egipto. La medida es especialmente lamentable habida cuenta de que el régimen prevé aumentar aún más las limitaciones impuestas a las actividades de las ONG a través de un nuevo proyecto de Ley de Asociaciones. Aunque otras agencias y programas estadounidenses (MEPI, DRL) siguen financiando directamente a ONG locales, esta financiación es insignificante en comparación con la de USAID.

El presupuesto de USAID para la gobernanza democrática se ha reducido a la mitad desde el 2009. USAID es el donante extranjero más importante de Egipto en cuanto a financiación. El presupuesto de la agencia para la democracia y gobernanza se redujo de una media anual de 51 millones de dólares estadounidenses en el periodo 2006-2008 a 20 millones de dólares en 2009 (que aumentaron posteriormente a 25 millones para el 2010 y para el 2011). Según funcionarios de la agencia, esta reducción es proporcional a la reducción gradual general de la asistencia al desarrollo estadounidense destinada a Egipto. Sin embargo, los recortes en financiación directa a la sociedad civil son especialmente severos (el 73 por ciento en comparación con el 2008). El total de la asistencia bilateral anual estadounidense destinada a Egipto es de 1.560 millones de dólares, de los que 1.300 millones (el 84 por ciento) es ayuda militar y de seguridad. Por último, el gobierno estadounidense está estudiando la petición de su homólogo egipcio de pagar la ayuda estadounidense a Egipto a un fondo administrado directamente por el gobierno egipcio. La creación de este “fondo Mubarak” eliminaría el control directo del Congreso estadounidense sobre el uso de la ayuda económica estadounidense a Egipto.

Los europeos no han sido mucho más útiles que Estados Unidos a la hora de respaldar el esfuerzo de los egipcios por el cambio. Los activistas egipcios ven a la UE como una fuente de financiación silenciosa y burocrática, un buen oyente

con intenciones decentes pero poco peso político. Los Estados miembros de la UE, se afirma en general, ven a Egipto como un núcleo de negocios y de seguridad, en detrimento de un enfoque más enérgico sobre los derechos humanos y la democracia. Aunque las políticas bilaterales de la UE hacia Egipto se basan en una lógica de condicionalidad positiva de gran alcance, en la práctica se aplican de forma incoherente. Los acuerdos bilaterales con Estados miembros concretos (como Italia) sobre visados o comercio suelen tener más peso que las políticas comunitarias de la UE y suelen torpedear la lógica de condicionalidad de éstas. Con arreglo a la política europea de vecindad que regula las relaciones bilaterales entre Egipto y la UE, el gobierno egipcio tiene mucho interés por obtener una mejora similar al “estatuto avanzado” concedido recientemente a Marruecos. Sin embargo, el gobierno egipcio ha opuesto resistencia a cualquier intento de la UE de vincular esta mejora con compromisos mayores a la reforma política. La vacilación del régimen de Mubarak a la hora de formular su visión del contenido de esta mejora indica que su principal incentivo es el reconocimiento simbólico de la “relación estratégica” entre Egipto y la UE, más que el contenido real de la política.

En cuanto a la financiación, la asistencia de la UE para los derechos humanos y la gobernanza democrática se canaliza principalmente a través de la Comisión Europea. Las actividades individuales de los Estados miembros de la UE en esta área tienen un volumen y una ambición limitadas. A través de programas bilaterales, se han destinado 38 millones de euros para cuestiones relacionadas con los derechos humanos y la buena gobernanza para el periodo 2007-2010, lo que representa el 7 por ciento de la asistencia bilateral total para Egipto (558 millones de euros). Toda la financiación bilateral de la Comisión Europea está destinada al gobierno egipcio o está canalizada a través del mismo, y apoya estructuras semigubernamentales como el Consejo Nacional de Derechos Humanos. El único instrumento de financiación con el que la Comisión Europea puede financiar directamen-



»»»» te a las ONG sin la autorización del gobierno es el Instrumento Europeo para la Democracia y los Derechos Humanos. No obstante, la financiación por medio de este instrumento es muy limitada (900.000 euros para Egipto tanto en el 2008 como en el 2009) y burocrática y se reducirá aún más en los próximos años.

Los funcionarios de la Comisión Europea se quejan de la ausencia de voluntad del gobierno egipcio para comprometerse con unas reformas más profundas y de las limitadas posibilidades de la UE para presionar más. Culpan de ello en parte a la cuantía gigantesca de la ayuda para el desarrollo y militar estadounidense destinada a Egipto, que reduce sustancialmente la influencia de la UE sobre el régimen de Mubarak. Pero, desde luego, los Estados miembros de la UE tendrían que hacer llegar también un mensaje más coherente. Los funcionarios de la Comisión son pesimistas tanto sobre las perspectivas para el cambio político en Egipto como sobre su propia influencia en el gobierno egipcio. Europa, admiten, está “esperando la sucesión”.

CONCLUSIÓN

Los programas para la democracia de Occidente que tienen teóricamente como objetivo reforzar la reforma democrática egipcia apenas rascan la superficie de las arraigadas estructuras de poder autoritario. Para los activistas egipcios, la razón de ello es evidente: los intereses dominantes de los gobiernos occidentales y del gobierno egipcio son coincidentes. Ambas partes desean mantener la estabilidad del régimen de Mubarak, implementar una liberalización política mínima y una modernización económica y social amplia, y evitar por todos los medios que gobiernen los islamistas. La influencia de los gobiernos occidentales en Egipto es mayor que lo que reconocen los funcionarios estadounidenses y los de la UE, pero no están dispuestos a emplear de forma significativa esta influencia para apoyar un cambio político desde las bases en Egipto. En el contexto de la próxima transición del liderazgo en Egipto y en otros países de la región, y de los

crecientes riesgos inherentes a la bomba de tiempo autoritaria, este es un grave error estratégico.

El equilibrio percibido entre seguridad y democracia en Oriente Medio sólo existe en la mente de unos políticos occidentales miopes incapaces de ver más allá del horizonte de su mandato electoral. En su propio interés estratégico inmediato, la UE y Estados Unidos deben abandonar su viejo paradigma de estabilidad basado en confiar en unos dictadores envejecidos en la región antes de que sea demasiado tarde.

Kristina Kausch es investigadora de FRIDE

e-mail: fride@fride.org
www.fride.org
